

G LEADA

Romance con el
futbolista

SUSANA TORRES

Goleada

*Romance con
el Futbolista*

Por Susana Torres

© Susana Torres 2016. *Todos los derechos reservados.*

Publicado en España por Susana torres.

Primera Edición.

[Haz click aquí](#)
para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

Capítulo 1

—¡Buenos días!

Mi saludo lleno de entusiasmo rebotó en las paredes del gabinete donde trabajaba.

La señora Paula estaba detrás del mostrador, como siempre, exhibiendo su mejor sonrisa, disponible tanto para sus chicas como para los clientes.

—Vienes muy animada hoy, Belinda.

—Por supuesto. Aunque sea lunes, una sonrisa y un buen ánimo siempre atrae a los clientes. Y además, hoy tengo varias citas, lo que significa, más dinerito para mi bolsillo.

María, otra de mis compañeras asomó la cabeza al oírnos escuchar.

—No sé qué les haces, hija mía. Todos te solicitan a ti.

Doña Paula rió con ganas.

—Anda, déjala . Algo tendrá la muchacha para conquistarlos a todos, aparte de lo que salta a la vista, claro está.

Me guiñó un ojo, divertida.

—Debes darte prisa, querida. Tu agenda está realmente cargada.

Fui a dejar mis cosas a la habitación que las chicas solíamos usar para cambiarnos. Tal y como le había dicho a la señora Paula, aquella mañana iba a ser muy ajetreada.

Tenía varios clientes apuntados en la lista, deseosos por sentir mis manos mágicas en su cuerpo. María tenía razón, había conseguido ganarme buenos clientes, cosa de la que estaba muy orgullosa. Gracias a eso, podía permitirme ciertos lujos. Esboqué una sonrisa mientras recordaba mi primer día en el gabinete de masajes.

* * * *

Harta de vivir en un mísero y cochino pueblo, donde solo habían burros y vacas, tomé la decisión de marcharme a la ciudad. Mis padres se opusieron totalmente, diciendo que yo, a mis 20 años, no sabía nada de la vida, ni de cómo era vivir realmente en la ciudad.

Por supuesto, ellos querían que yo me quedara allí, cuidando de ellos, casada con algún pastor de ovejas y oliendo a queso y a leche toda mi miserable existencia. Gran error, porque yo no estaba hecha para esa vida.

Tenía deseos y aspiraciones, pero sobre todo, tenía una ambición enorme. Quería salir y conocer gente, conocer el mundo, saber lo qué significaba bailar en una discoteca, ligar con chicos guapos y tener sexo.

Pero por encima de todo eso, quería tener dinero. Mucho dinero. Me encantaba sentir el olor de los billetes en mis manos. Por eso, en cuanto llegué a la ciudad, con los ahorros que tenía, me alquilé un pequeño piso, porque yo valoraba mucho mi intimidad, y no quería vivir en una habitación, donde me faltara el aire.

En cuanto tuve un techo seguro, empecé a buscarme un trabajo. En todo mi éxtasis, no me di cuenta de que una provinciana como yo, recién llegada, y sin experiencia laboral, lo tenía casi imposible a la hora de encontrar algo para currar.

Busqué y busqué pero nada encontré hasta que se me ocurrió comprar el periódico, con la esperanza de que alguien necesitara una empleada de hogar. A esas alturas, me daba igual limpiar culos de viejos o limpiar váteres. Estaba en una pequeña cafetería cerca de mi piso, leyendo el periódico, y un anuncio que rezaba lo siguiente.

“Se necesitan chicas jóvenes, con buena presencia, para trabajo estable, bien pagado. Acudir personalmente para la

entrevista”.

El corazón me dio un vuelco. No decía nada sobre tener experiencia, con lo cual ya tenía un punto a mi favor. Sin contar la buena presencia. No por pecar de presumida pero tenía un cuerpazo de modelo.

Alta, delgada pero con relleno en los sitios necesarios, atraía miradas, tanto de hombres como de mujeres. Ellos querían tocar mi cuerpo y ellas me tenían envidia porque la madre naturaleza me había regalado belleza. Mi cara era como de muñeca, suave, mis ojos eran de un color marrón claro, que en ocasiones parecía verde, mi nariz recta y delgada, ni grande ni pequeña y mi boca carnosa.

Para completar semejante cuadro, mi sonrisa perfecta desarmaba hasta a los guerreros samurai y mi cabello negro que caía en ondas sobre mi recta espalda, te invitaba a que lo acariciaras. La perfección pura.

Con nuevas esperanzas, le pregunté al camarero por la dirección que ponía en el periódico y el hombre, amable, seguramente hechizado conmigo, me explicó dónde quedaba. Estaba bastante cerca, metido en unas calles laterales y solitarias, tardé unos veinte minutos en llegar.

“Las chicas de Eros”.

Así se llamaba el local donde tenía que hacer la entrevista. “Interesante”, pensé. La puerta acristalada no dejaba ver mucho en el interior y el vidrio de al lado estaba ligeramente tintado de negro. Repetí el nombre del local mentalmente y me dispuse a entrar.

Un olor a incienso y aceites aromáticos inundó mis fosas nasales. Era bastante agradable, no como esos que te ahogan. Miré a mi alrededor. Estaba en una sala de espera, donde dos sofás de tres plazas te invitaban a sentarte. Me sobresalté cuando una suave música empezó a sonar. Al parecer, tenían sistema de detección de movimientos. Buena idea. Así los clientes no se aburrirían.

Observé que tenían luces de neón y también había una recepción. Me quedé ahí parada, sin saber qué hacer, hasta que un carraspeo hizo que me diera la vuelta. Una señora delgada, alta, con gafas, me miraba como si yo fuera un extraterrestre. Así me sentía, para qué negarlo...

Se acercó a mí así que puede ver mejor su rostro. No era guapa pero tampoco fea, lo que se define por normal. Sus ojos negros pequeños me escrutaban de arriba a abajo, haciéndome sentir incómoda.

—¿Te puedo ayudar con algo? —dijo finalmente, con voz ronca.

—Vengo por el anuncio del periódico. Quiero trabajar.

Soltó una risa que rebotó en las paredes del local.

—Por supuesto que quieres trabajar. Si no, no estarías aquí.

Empezó a dar vueltas alrededor de mí, soltando sonidos de aprobación.

—Eres muy guapa. Desde luego, cumples con el requisito principal.

Sonreí agradecida por el piropo.

—Puedo trabajar en lo que sea, barriendo el suelo, limpiando, lo que usted necesite.

Mi comentario volvió a producirle risa a la señora.

—Sería un pecado mortal desperdiciar semejante mujer en las tareas de la limpieza. Además, aquí necesitamos chicas para masajes, no para limpiar.

—¿Masajes? —pregunté, curiosa—. Suena bien.

Asintió y se dirigió a la recepción, donde cogió unos papeles y unos panfletos.

—El único problema es que yo no tengo experiencia dando masajes —le dije, sabiendo que tarde o temprano, ella misma iba a preguntarme eso.

—Oh, tranquila, no es problema. Alguna chica de las que lleva más tiempo conmigo te puede enseñar lo que necesitas saber.

—Perfecto —sentencié, realmente feliz porque al parecer, tenía posibilidades de quedarme allí a trabajar.

La señora se quedó callada durante un minuto.

—¿Pasa algo? —pregunté, inquieta.

—Trabajarás como fisioterapeuta y masajista para hombres ricos...

La suerte me acompañaba. Hombres ricos, ¿qué más se puede desear?

—...que estarán desnudos —siguió diciendo la señora.

—Oh —solté, sin saber qué decir.

—Normalmente solo tendrás que darles masajes, ayudarlos con sus terapias pero debes saber que siempre hay algún cliente que te pide más. No tienes por qué hacerlo, si no quieres. Nuestros hombres son civilizados y entienden las negativas. Tenemos muchas chicas así que podrán intentarlo con otra.

Me miró con ojos interrogantes, al ver que yo no decía nada.

No me había esperado eso último, pero a medida que asimilaba la idea, dejaba de parecerme tan mala. Mezclar el trabajo y el placer podría resultar interesante. Además, si me topaba con un chico guapo, no iba a rechazarlo, estaba segurísima.

—Acepto —dije, segura de mí misma—. Estoy lista para empezar.

Mi futura jefa sonrió.

—Aún no me has dicho tu nombre.

—Belinda Márquez Montesinos.

— Belinda, bienvenida a “Las chicas de Eros”.

* * * *

Dos años habían pasado desde que hice aquella entrevista. Dos años en los que había madurado y cambiado. Ya me había dado cuenta de lo qué costaba ganarse la vida. Por supuesto, a mis progenitores no les había dicho dónde trabajaba.

Ellos se habían tragado el cuento de que ejercía de niñera. Si se llegan a enterar de la verdad, hubiera quedado huérfana hace mucho. Tras haber aceptado el trabajo, doña Paula se dedicó a enseñarme todo lo que necesitaba saber para complacer a los clientes. Masajes, tipos de aceites, para qué servía cada uno, técnicas de relajación y, por si acaso, algún truco sexual que volvería loco a cualquier hombre.

Aprendí rápido, gracias a mi ambición y a mis ganas de demostrarles a mis padres que podía valerme por mí misma en la ciudad. Poco a poco, los clientes fueron interesándose por mí y agradecidos por mis servicios, volvían siempre por más. A estas alturas, incluso me llamaban para que acudiera a sus domicilios o a sus hoteles, para darles masajes.

En pocas ocasiones había aceptado acostarme con alguno, y las veces que lo había hecho, había sido porque el cliente y yo habíamos mantenido el contacto fuera del gabinete, como buenos amigos o incluso, como novios, aunque fuera por poco tiempo.

Tenía una buena amistad con las chicas del gabinete y doña Paula había sido una verdadera madre para mí en todo ese tiempo. Más allá de limitarse a enseñarme todo lo relacionado con el trabajo, me daba consejos, me apoyaba siempre que lo necesitaba y me daba fuerzas cuando me sentía débil.

—¿Qué pasa, nena?

Una aguda voz me sacó de mis pensamientos. Me dí la vuelta para encontrarme con una de las veteranas del gabinete. Laura llevaba trabajando con doña Paula desde que ella había montado el negocio. Voluptuosa, sexy e increíblemente descarada, le gustaban todos los hombres y no perdía ocasión alguna de mostrar sus conocimientos en la cama. Le dediqué una sonrisa cálida.

—Buenos días, Laurita.

—No me llames así. Sabes que lo odio.

Reí suavemente. Lo sabía pero me gustaba chincharla.

—Me voy, Marcos debe de estar llegando y tengo que preparar la camilla.

—¿Marcos Ruiz? —preguntó, extrañada—. Paula me dijo que tenía que atenderlo yo porque al parecer, tú tienes que marcharte a una cita muy importante.

— ¡Qué raro! —comenté—. Doña Paula no me dijo nada y la acabo de ver.

Terminé la conversación y fui a preguntarle a nuestra jefa si había cambiado mis citas.

—Efectivamente, esta mañana han llamado para pedir que fueras a ver a otro señor.

—Pero llevo muchísimo con Marcos, he sido su fisio desde hace meses. No puedes darle a otra chica que no sepa nada de él.

Odiaba que me cambiaran las citas. No lo soportaba.

—Seguirás con Marcos, es solo un pequeño cambio, solo por hoy. Por favor, hazme caso, este cliente es muy importante. Si consigues metértelo en el bolsillo, saldremos ganando las dos.

Accedí a regañadientes, ante la posibilidad de ganar más dinero. No era materialista pero la vida era cara. Paula

sonrió satisfecha y me tendió una tarjeta con una dirección y me dio dinero para el taxi.

Daniel. Así se llamaba mi futuro cliente. Salí por la puerta del gabinete, aún molesta, sin saber que esa cita cambiaría toda mi vida.

Capítulo 2

Miré la enorme casa que tenía delante, pasmada.

—¿Está seguro de que esta es la dirección? —le pregunté al taxista.

—Completamente seguro. Llevo más de diez años haciendo de taxista, nunca confundo una dirección.

Bien, pues en ese caso, mi cliente era un rico millonario, porque su casa era más bien como un mini palacio particular. Le pagué al taxista y me dirigí a la entrada de la mansión. Una gran verja la protegía.

El patio enorme estaba lleno de flores y árboles que no conseguía identificar. Seguramente eran alguna especie rara. No podía faltar la típica fuente, en medio del patio, símbolo de la riqueza y el lujo. La mansión era totalmente blanca, tenía dos plantas y dos columnas enmarcaban la puerta de la entrada.

Miré de nuevo la tarjeta que me había dado doña Paula. Daniel, Daniel, no podía olvidar ese nombre. Ya me imaginaba a un viejo aburrido, con dolor de huesos, lleno de osteoporosis, contándome toda su vida. Suspiré resignada. No todos los clientes podían ser hombres guapos. Solo esperaba que esa fuera la primera y la última cita que tendría conmigo.

Queriendo acabar cuanto antes con ese suplicio, toqué el timbre situado a la derecha de la verja y enseguida, una voz masculina contestó, preguntando quién era el que se atrevía a molestar al ricachón. Bueno, no lo dijo de ese modo, pero lo mismo daba.

—Soy Belinda, la masajista. Tengo una cita con Daniel —le dije.

Escuché el sonido de la verja abriéndose y penetré en el patio. Caminé lentamente, sin ganas, hasta que llegué frente a la puerta de la casa. Antes de que pudiera tocar el tim-

bre, la puerta se abrió y me encontré con algo totalmente inesperado.

Los ojos como platos.

Esa fue mi reacción cuando la puerta se abrió y ante mí apareció el hombre más guapo que había visto en toda mi existencia. Lo primero que llamó mi atención fueron sus ojos. De un azul precioso, como el cielo en verano, cuando no hay nube alguna. Yo quería un hijo con esos ojos.

Me regañé mentalmente por tan estúpido pensamiento y seguí inspeccionando al hombre. Era alto, su cabello negro como el carbón estaba peinado hacia atrás, aunque algunos rizos rebeldes habían conseguido escapar y caían sobre su frente.

Demonios, sus ojos eran sencillamente preciosos, su nariz, recta, fina, masculina, y su boca...Esos labios llenos y sensuales estaban entreabiertos.

Era como tener frente a mí a un latin lover, de esos que ves en las telenovelas pero crees que no existen. Pues existían, y yo tenía a uno delante. Vestido con una camisa y unos pantalones de lino, estaba para comérselo. Su cara me resultaba conocida, aunque no recordaba dónde lo había visto.

—Buenos días —dijo con una voz ronca y sexy.

—Buenos días —contesté.

Al menos, conseguí que mi voz sonara normal, y no como la de una mujer desesperada por llevarse a semejante semental a la cama.

—Soy Belinda, tengo una cita con Daniel.

El guapetón me miró con una cara muy seria.

—Lo sé. Si no, no te hubiera dejado pasar.

Obvio. Si es que era tonta. Al parecer, me quedaban pocas neuronas vivas. El moreno me indicó que le siguiera y entramos a lo que supuse, era el recibidor. Adornado de

forma sencilla, pero con clase, en medio se encontraba una pequeña mesita cuadrada de madera y alrededor de ella, varios sillones de piel. En la derecha, otra mesita con botellas llenas de agua y refrescos.

—Espera un minuto aquí.

El moreno se fue, antes de que pudiera contestarle. Me quedé allí de pie, mirando alrededor. Me sentía un poco intimidada, como cuando tuve la entrevista con doña Paula. Había acudido a domicilios particulares antes para ofrecer mis servicios pero ninguno había sido tan lujoso.

Miré el pasillo por el que había desaparecido el guape-tón. Intenté recordar dónde había visto su rostro pero en ese momento, un pequeño marco colgado en la pared hizo que mi corazón latiera a mil por hora.

La foto mostraba un joven futbolista que sostenía orgulloso un trofeo. Sus ojos azules eran inconfundibles, aunque en esa foto brillaban de una manera especial.

—Veo que te gusta mi foto —dijo, a mis espaldas.

Me dí la vuelta, sobresaltada. Mi latin lover se acercó despacio. No pude ignorar el hecho de que se había despojado de sus prendas y solo llevaba una toalla blanca envuelta alrededor de su cintura.

—Ahora que ya sabes quién soy, ¿te quedarás o saldrás corriendo?

Buena pregunta...Muy buena pregunta.

Capítulo 3

Me miró, curioso.

Daniel Villanueva, así se llamaba. Uno de los mejores futbolistas del país. Un futbolista cuya carrera se había visto destrozada por un conductor borracho que lo atropelló mientras él caminaba tranquilo.

Tras aquel accidente, su vida como deportista había cesado. No obstante, durante sus años de gloria, había acumulado una importante fortuna que le permitía una vida llena de lujos. Recordaba haber leído varios reportajes sobre él en las revistas del corazón.

“La nueva conquista del campeón” , “Fiestas privadas en la piscina” y sobre todo el más importante de los titulares , “Villanueva no volverá a jugar nunca más”.

Sí, desde luego era una persona famosa, no solo en el mundo deportivo. Una de las chicas de doña Paula lo había atendido poco después de su accidente pero alegó que el hombre era un “ cabrón insoportable, que se cree el ombligo del mundo, amargado hijo de puta”, así que dejó las sesiones de fisio. Ahora entendía por qué mi jefa no me dijo el apellido de mi cliente.

—Haré mi trabajo, para eso estoy aquí —dije, contestando así a su pregunta.

Sus ojos brillaron divertidos.

—Sígueme —ordenó.

—Por favor.

Si había algo que detestaba, era la gente maleducada. Mi comentario lo molestó visiblemente.

—¿Qué has dicho?

—Que me lo pidas por favor. Que hayas sido famoso no significa que no puedas ser educado.